

“EL LENGUAJE MISMO”: LITERATURA,  
HISTORIA E HISTORIA DE LA LITERATURA  
EN LA OBRA DE ANDRÉS BELLO

Miguel GOMES\*

LUCHAS CULTURALES EN EL CHILE DECIMONÓNICO

De todas las grandes figuras del siglo XIX hispanoamericano tal vez sea la de Andrés Bello una de las que menos desacuerdos suscita hoy en lo referente a su reputación y la pervivencia de su legado. Ello se constata en su faceta de jurista, por el efecto que su *Código Civil* de Chile (1856) tuvo en otros países; en su faceta de pedagogo de la lengua, por la difusión de su *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (1847); en su faceta de gestor educativo y cultural, por la fundación de importantes instituciones como la Universidad de Chile o periódicos como *El Araucano*; o en su faceta de poeta a quien desde muy temprano se considera padre de una literatura americanista, como lo demuestra la inclusión de la “Alocución a la poesía” (1823) a la cabeza de la influyente antología *América poética* (1846) de Juan María Gutiérrez. Esos datos objetivos, sin embargo, no salvaron a Bello en sus días de ser víctima de reproches indirectos en numerosas polémicas, entre las que destacan las generadas por el avance del Romanticismo en Chile, las de la enseñanza de la lengua nacional y la necesidad de una reforma ortográfica, o aquellas en torno a la función y la situación de la historiografía en la organización de la nación.

En cuanto a la primera, cuyo protagonista fue Domingo Faustino Sarmiento, también exiliado en Chile, se trata en realidad de una serie de escauceos periodísticos, que arrancan en 1841 con ataques del argentino al “encogimiento i cierta pereza de espíritu” que veía en los jóvenes escritores chilenos, muchos de ellos discípulos de Bello (Promis Ojeda, 1995: 34-37). El tema pronto derivará a las tensiones entre neoclásicos y románticos —“las dos escuelas en que está

\* Profesor de Literaturas Hispánicas y Comparadas, Universidad de Connecticut.

dividida al presente la república literaria”, como lo expresa *El Semanario de Santiago* (“Prospecto”, 1847: 2)—; Salvador Sanfuentes, José Joaquín Vallejo, Vicente Fidel López y otros discutirán agriamente y Bello solo de vez en cuando se expresará al respecto con mesura —me detendré más adelante en este punto—. En 1842, simultánea a los debates anteriores, la cuestión de la lengua y la ortografía va definiéndose, con veladas provocaciones de Sarmiento a Bello (Jaksić, 2010: 197), a lo que seguirá la reforma ortográfica propuesta por Sarmiento y la inmediata promulgación en 1844 de una reforma más inspirada en la original de Bello y Juan García del Río, esbozada en 1826 en el primer número de *El Repertorio Americano* (27-41). Las contiendas historiográficas se desarrollarán posteriormente, entre 1844 y 1848, con actantes distintos, entre ellos José Victorino Lastarria y Jacinto Chacón, contestando Bello las posiciones de este último con textos que se han convertido en clásicos del pensamiento hispanoamericano de la época.

Es evidente que estamos ante ejemplos de la dinámica de la sociedad letrada según la ha descrito Pierre Bourdieu, para quien el campo de producción cultural se estructura como incesante arena de luchas donde el poder simbólico se distribuye gracias, entre otras oposiciones, a la de agentes establecidos y contrincantes más jóvenes, es decir, “aquellos que han hecho época y se esfuerzan en persistir y aquellos que no podrán hacer época sin trasladar al pasado a los empeñados en eternizar la situación actual” (Bourdieu, 1993: 60).<sup>1</sup>

Ha de observarse, con todo, que si Bourdieu sostiene que la figura establecida desea un orden inamovible “deteniendo el reloj” (60), en el caso de Bello su colocación en esa posición reposa más en malentendidos que en actitudes verificables. Una revisión cuidadosa de sus opiniones arroja una y otra vez el resultado de que las iniciativas de hacerlo representar el papel de conservador a ultranza están fundadas en manipulaciones convenientes para justificar de modo teatral las disputas de viejos y jóvenes con las que los últimos quisieron legitimarse. Un buen ejemplo lo ofrece la supuesta rigidez del clasicismo de Bello, cuando este se dedicó, más que a simplemente traducir, a transcribir obras de Alphonse de Lamartine, Alexandre Dumas, Lord Byron y Victor Hugo, todos ellos románticos mayores —Byron y Hugo agitadores y cabecillas del movimiento—. A Emir Rodríguez Monegal (1969: 72-78) y Arturo Uslar Pietri (1981: xxviii-xxxiii) debemos reflexiones imprescindibles sobre la imposibilidad de desligar a Bello del Romanticismo. Con respecto a la ortografía, Iván Jaksić ha hecho ver que las posiciones de Sarmiento y Bello, pese a las apariencias, eran incluso compatibles (2010: 198-199) y que Bello, más bien, se había

<sup>1</sup> Traduciré las citas críticas o teóricas en otras lenguas, a menos que considere relevante la expresión del original.

adelantado veinte años a las propuestas del argentino —lo cual explica, sin duda, la perplejidad de José Joaquín Vallejo, horrorizado por la reforma y por la naturalidad con que la vio Bello: “Lo que pide Sarmiento, lo que intenta, es una revolución sangrienta; y no comprendo cómo el sin par y circunspecto don Andrés Bello no esté escandalizado con ese cohete incendiario” (1911: 496).

En lo que atañe al debate historiográfico, ya se ha escrito mucho y bien sobre las ambivalencias e inexactitudes de Lastarria a la hora de retratar interesadamente a Bello como reaccionario para resaltar su propio valor como adalid de un pensamiento innovador.<sup>2</sup> Y no hay terreno más fértil para moderar toda reducción de Bello al tradicionalismo empecinado que el historiográfico. Me atrevería a sostener que una revisión de sus disquisiciones acerca de la historiografía y la manera como la practicó en el terreno específico de la literatura no solo desmiente la caracterización de “campeón que los conservadores habían levantado” (Lastarria, 2010: 59), sino que nos ofrece razones para creer que su ideario en varios sentidos era tanto o más moderno que el de sus detractores.

La importancia que Bello concedía al lenguaje en asuntos historiográficos y a la historia como textualidad, por ejemplo, no deja de recordar una vertiente del pensamiento que únicamente se desarrollará a fondo en la segunda mitad del siglo XX: la que sugiere la inevitable falta de neutralidad del medio del que se vale la expresión historiográfica. Esas posturas encarnan, por una parte, en Hayden White y su alegato de que todo historiador se vale de “una estructura verbal en forma de discurso narrativo en prosa que sirve de modelo, o icono, de estructuras y procesos pasados con el fin de explicar mediante su representación qué fueron” (1973: 3). Por otra parte, en el dominio más específico de la historia literaria, no cuesta recordar lo aseverado por Paul de Man sobre la urgencia de no ponerse “dentro” o “fuera” de lo literario para así mantener la aporía que la literatura conscientemente representa —porque el poético para De Man era, ante todo, lenguaje autodeconstructivo— (1983: 164). La revisión de las bases de la historiografía literaria que el autor de *Blindness and Insight* exigía coincide en ciertos aspectos con ideales bellistas:

Para llegar a ser buenos historiadores literarios debemos recordar que lo que llamamos historia literaria usualmente tiene poco o nada que ver con la literatura y que lo que llamamos interpretación literaria —siempre que sea buena— es, de hecho, historia literaria. Si la extendemos, esta noción confirma que las bases del conocimiento histórico no son datos empíricos sino textos (165).

<sup>2</sup> Raúl Silva Castro se ocupa del tema (2010: 14-16); los trabajos de Sacks (1997) y de Bocaz (2000: 195-197) profundizan en él y lo matizan.

Para ir a fondo en lo anterior revisitaré, a continuación, los escritos que Bello dedicó a la escritura de la historia en general y, después, prestaré atención a varios de sus trabajos donde historía la literatura. Ello me permitirá compartir y corroborar desde ese ángulo de investigación los pareceres formulados por Antonio Cussen y Carlos Ossandón en torno a una peculiar “modernidad” hispanoamericana discernible en el quehacer bellista.

## EL MÉTODO HISTORIOGRÁFICO

En diversas ocasiones las tensiones entre Lastarria y Bello han sido evocadas como evento inaugurador de la moderna historiografía chilena y, a menudo, quienes lo hacen se han inclinado a dar a Bello la “victoria” —presupuesto esencial de Guillermo Feliú Cruz, por ejemplo, y de Mariano Picón Salas (1981: lix)— o han preferido restar importancia a los parámetros de triunfo-derrota en tales casos —lo que se aprecia, entre otros, en los comentarios de Ossandón (2011: 57) y Jaksic (2013: 162). Un examen de los principales puntos de la polémica hará posible que entendamos la teoría y el método historiográfico del venezolano.

Dos fueron los choques de mayor importancia. El primero se produjo a raíz del encargo que le hizo Bello a su exdiscípulo, ya entonces parte del profesorado de la Universidad de Chile, de elaborar un discurso sobre algún evento trascendente de la historia nacional, siguiendo lo estipulado en los estatutos de la institución y con motivo de su primer aniversario. Lastarria expuso el 22 de septiembre de 1844 ante sus colegas sus *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*. En ellas, se perfilaron entre otras tesis, la falsedad de la fatalidad histórica; la visión de la historia como un depósito de lecciones aplicables al presente —“la historia es para los pueblos lo que es para el hombre su experiencia particular” (1842: 2)—; en el caso hispanoamericano, la negatividad indisputable de la experiencia colonial y su prolongación en costumbres o mentalidades, pese a la Independencia y el advenimiento de la república —“esa influencia mortífera i esas costumbres retrógradas que obstruyen el curso de la civilización en América i acen dificultosa su rejeñeracion” (1842: 138)—; finalmente, la sugerencia de que la Independencia había sido, en el fondo, fallida, porque su labor estaba incompleta y debía cerrarse el ciclo tan solo abierto por la generación que la había llevado a cabo. La incapacidad para lograr una emancipación mental, según se colige de muchos razonamientos lastarrianos, era irremediable puesto que “el pueblo de Chile bajo la influencia del sistema administrativo colonial, estaba profundamente envilecido, reducido a una completa anonadación i sin poseer

una sola virtud social [ya que] sus instituciones políticas estaban calculadas para formar esclavos” (1842: 71).

El mismo año, el 8 y el 15 de noviembre, Bello publicará en *El Araucano* dos contestaciones a Lastarria —precedidas de generosas alabanzas a los aspectos positivos del trabajo de su ex pupilo—. Uno de los puntos que resalta el maestro es la exageración en la descripción de la Colonia, con lo cual matiza —con humor— la versión de la leyenda negra para entonces aún vigorosa entre criollos:

debemos ser justos: no era aquella una tiranía *feroz*. Encadenaba las artes, cortaba los vuelos del pensamiento, cegaba hasta los veneros de la fertilidad agrícola, pero su política era de trabas y privaciones, no de suplicios ni sangre [...]. La misión civilizadora que camina, como el sol, de oriente a occidente y de que Roma fue el agente más poderoso en el mundo antiguo, la España la ejerció sobre un mundo occidental más distante y más vasto [...]. Al gobierno español le debe todavía la América todo lo que tiene de grande y espléndido en sus edificios públicos. Confesémoslo con vergüenza: apenas hemos podido conservar los que se erigieron bajo los virreyes y capitanes generales (*OC*, XXIII: 195-166).

Otro es el del desprecio solapado —en aras del engrandecimiento personal— con que Lastarria evalúa ligeramente la obra de la generación independentista:

Jamás un pueblo envilecido, completamente anonadado, desnudo de todo sentimiento virtuoso, ha sido capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustraron las campañas de los patriotas, los actos heroicos de abnegación, los sacrificios de todo género con que Chile y otras naciones americanas conquistaron su emancipación política (*OC*, XXIII: 169).

Pero a la larga el mayor peso lo tendrán las críticas de Bello al método de Lastarria: “No es solo útil la historia por las grandes y comprensivas lecciones de sus resultados sintéticos. Las especialidades, las épocas, los lugares, los individuos, tienen atractivos peculiares, y encierran también provechosas lecciones” (*OC*, XXIII: 159). Si bien esbozadas someramente, en estas palabras se agazapa lo que en el segundo choque de la controversia será la cuestión central, que atañe a la escritura de la historia.

Jaksić, correctamente, ha hecho ver que Bello compartía las opiniones de Claudio Gay acerca del método historiográfico, según las cuales un minucioso trabajo documental ha de preceder a todo intento filosófico. Gay había sido criticado por Sarmiento en agosto de 1844 debido a su falta de inclinación por las abstracciones y al exceso de concentración en la reconstrucción de los hechos (Jaksić, 2013: 145). En el comentario de que también había “provechosas lec-

ciones” en elementos que las generalizaciones de Lastarria obviaban hay, sin duda, ecos de la inquietud bellista ante el desdén sarmientino por el cotejo de documentos. Con estos precedentes, nos percatamos mejor del giro del debate en 1847, cuando Lastarria somete a consideración de un comité de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile su *Bosquejo histórico de la constitución del Gobierno de Chile*. El texto —competidor único— recibirá un premio, aunque también los evaluadores puntualizarán reparos a la obra que coinciden con el de Bello a las *Investigaciones* siguiendo los lineamientos metodológicos de Gay: “La Comisión se siente inclinada a desear que se emprendan, antes de todo, trabajos destinados principalmente a poner en claro los hechos; la teoría que ilustra esos hechos vendrá en seguida andando con paso firme sobre un terreno conocido” (Lastarria, 1847: xxxi-xxxii).

El informe de la Comisión, incluido como preliminar en la primera edición del texto de Lastarria, a su vez fue precedido por un “Prólogo” de Jacinto Chacón, docente de Historia en el Instituto Nacional. Esta jugada, como bien lo observa Jaksic, equivalía a una contestación indirecta de Lastarria a las críticas que venían acumulándose a su método, tanto las de su maestro como las de la Comisión (2010: 190), sobre todo si consideramos el tono beligerante de Chacón a la hora de identificar y entronizar a Lastarria como paradigma de “historiador constitucional” apartado de la narratividad y la supuesta superficialidad de los “historiadores políticos”:

Por consiguiente el historiador político debe estudiar en la escuela del historiador constitucional; en él debe aprender los hechos antes de empezar la relación de ellos, porque una cosa es el aprendizaje de la cadena de los sucesos históricos i otra cosa es la comprensión del cuadro de la historia misma. En esto último está la importancia i utilidad de la historia. Bien puede el historiador político, que voga i vaga en la superficie de las cosas, darnos relaciones mas o menos hermosas i pintorescas, su historia no tendrá todavía mas importancia, para la razón i la moral de la humanidad, que la de un bello romance que divierte la imaginación; solo el historiador constitucional, que echa el ancla en el fondo de las ociedad [*sic*], puede darnos la verdadera explicación i la exacta comprensión del cuadro de la vida de un pueblo (Lastarria, 1847: xxiv).

Bello tomará cartas en el asunto con un artículo que publica en *El Araucano* el 7 de enero de 1848. En él analiza y desmantela las ideas de Chacón haciendo una apología de la despreciada narratividad como única manera de reconstruir para la memoria histórica lo que hoy en día, usando el vocabulario de Raymond Williams, podríamos llamar *structure of feeling*, es decir, el paulatino articularse de una cosmovisión sin que se haya vuelto totalmente consciente

por estar en proceso de desarrollo, sometida aún al estímulo inmediato de las circunstancias (Williams, 1977: 138-145):

No se pueden poner en claro los hechos como lo hicieron Tucídides y Tácito, sin un profundo conocimiento del corazón humano; y permítasenos decir (aunque sea a costa de parecer anticuados y rancios) que se aprende mejor a conocer el hombre y las evoluciones sociales en los buenos historiadores políticos de la antigüedad y de los tiempos modernos, que en las teorías abstractas y generales que se llaman filosofía de la historia, y que en realidad no son instructivas y provechosas, sino para aquellos que han contemplado el drama social viviente en los pormenores históricos. Bernal Díaz del Castillo es, si se quiere, un mero cronista. Y con todo eso nos inclinamos a creer que ninguna síntesis, ninguna colección de aforismos históricos, nos hará jamás concebir tan vivamente la conquista de América, los hombres que la llevaron a cabo, el espíritu de la época, las costumbres, el *corazón de la sociedad* bajo una de sus fases más extraordinarias, como aquella serie de animados cuadros y de palpitantes retratos que nos exhibe (OC, XXIII: 223-224).

Aunque Chacón intenta defenderse en artículos sucesivos, su inexperiencia, según señala Jaksic, lo hizo cometer “una serie de errores factuales y bibliográficos, como el ubicar personas y fuentes históricas en el siglo equivocado” que Bello aprovecha para fortalecer su tesis y persuadir a la mayoría de los lectores universitarios de la necesidad de una historiografía que partiera siempre de documentación antes de entregarse a la filosofía (2010: 191). Avanzada la polémica, el rector de la Universidad de Chile, preconizando ideales como los de la “exactitud” y la “imparcialidad”, mucho contribuyó también a la “profesionalización” de la investigación y la enseñanza de la historia en el país (Jaksic, 2013: 164). Los ensayos más importantes en ese sentido aparecieron en *El Araucano* el 28 de enero y el 4 de febrero de 1848, “Modo de escribir la historia” y “Modo de estudiar la historia”, dos de los escritos de Bello más antologados (OC, XXIII: 229-252). En ellos se delinean con claridad meridiana los principios de su historiografía, entre los que destacaré tres principales:

(a) Lejos de la adopción acrítica de novedades, en la labor de construcción nacional puede ejercerse una actitud americanista sin por ello desecharse los aportes europeos. El más útil de esos aportes consiste en el deseo —muy europeo— de desarrollar un pensamiento propio, sin “servilismo”:

Nuestra civilización será también juzgada por sus obras; y si se la ve copiar servilmente a la europea aun en lo que ésta no tiene de aplicable, ¿cuál será el juicio que formará de nosotros, un Michelet, un Guizot? Dirán: la América no ha sacudido aún sus cadenas; se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados; no respira en sus obras un pensamiento propio, nada original, nada característico; remeda las formas de nuestra filosofía, y no se apropia su espíritu. Su civiliza-

ción es una planta exótica que no ha chupado todavía sus jugos a la tierra que la sostiene (*OC*, XXIII: 251).

(b) En el conflicto entre métodos —el documental y el filosófico— debe primar una actitud práctica en la que, por una parte, no se descarte forzosa-mente ninguno de ellos, y, por otra, si se le da prioridad a uno, el historiador lo ha de hacer en diálogo con la circunstancia de enunciación historiográfica:

No se trata pues de saber si el método *ad probandum*, como lo llama el señor Chacón, es bueno o malo en sí mismo; ni sobre si el método *ad narrandum*, absolutamente hablando, es preferible al otro: se trata sólo de saber si el método *ad probandum*, o más claro, el método que investiga el íntimo espíritu de los hechos de un pueblo, la idea que expresan, el porvenir a que caminan, es oportuno relativamente al estado actual de la historia de Chile independiente, que está por escribir, porque de ella no han salido a luz todavía más que unos pocos ensayos, que distan mucho de formar un todo completo; y ni aun agotan los objetos parciales a que se contraen. ¿Por cuál de los dos métodos deberá principiarse para escribir nuestra historia? ¿Por el que suministra los antecedentes o por el que deduce las consecuencias? ¿Por el que aclara los hechos, o por el que los comenta y resume? La comisión ha creído que por el primero. ¿Ha tenido o no fundamento para pensar así? Esta y no otra es la cuestión que ha debido fijarse.

Cada uno de los métodos tiene su lugar; cada uno es bueno a su tiempo; y también hay tiempos en que, según el juicio o talento del escritor, puede emplearse el uno o el otro. La cuestión es puramente de orden, de conveniencia relativa (*OC*, XXIII: 245-246).

Siendo la circunstancia de enunciación de Bello, Chacón, Lastarria y la Comisión de la Facultad de Humanidades la chilena poscolonial, plagada todavía por las fobias propias de una guerra, Bello respaldaba darle prioridad al método “que aclara los hechos” y solo después recurrir al “que los comenta”, única vía para un acercamiento más objetivo y sereno a la historia.

(c) Así como el americanismo no significa una ciega hostilidad prejuiciada al conocimiento venido de otras regiones del mundo, la politización del saber tiene que limitarse con respecto al pasado, ofreciendo el caso más explícito la definición de la actitud del historiador americano ante la Colonia. Aquí el método documental se vuelve insustituible para sentar las bases, con cierta neutralidad, de lo fue o no fue el dominio español de América, evitando la unidimensionalidad de las condenas no precedidas de investigación:

¡Jóvenes chilenos! aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes; a lo menos en los raudales más



cercanos a ellas. El lenguaje mismo de los historiadores originales, sus ideas, hasta sus preocupaciones y sus leyendas fabulosas, son una parte de la historia, y no la menos instructiva y verídica. ¿Queréis, por ejemplo, saber qué cosa fue el descubrimiento y conquista de América? Leed el diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Bernal Díaz os dirá mucho más que Solís y que Robertson. Interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías. Esa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa (*OC*, XXIII: 251).

En las líneas anteriores asoma un componente crucial de la historiografía bellista: repárese en que la frase “el lenguaje mismo” acaba relacionada con lo “verídico”. Creo que la oración que se abre y cierra con esas palabras nos depara un cuarto principio indispensable para comprender al Bello historiador, y eso lo podremos apreciar con precisión en sus textos de historia literaria.

#### LENGUAJE Y ANTIESENCIALISMO

No son escasas las páginas dedicadas por el caraqueño a hacer historia literaria e incluyen tanto obras aparecidas en vida como póstumas; tanto géneros destinados a la enseñanza como géneros más útiles para la especulación crítica. Tenemos, por una parte, el *Compendio de la historia de la literatura* redactado para la enseñanza del Instituto Nacional, publicadas sus dos primeras partes —sobre la literatura antigua del Oriente y la de la Grecia antigua, respectivamente— en 1850, mientras que la tercera parte —sobre literatura latina— se dio a conocer solo fragmentariamente incorporada el mismo año en los *Ensayos analíticos y críticos sobre la primera edad de la literatura romana y particularmente sobre Plauto* de L. A. Vendel-Heyl, volumen impreso en Santiago de Chile. El resto del *Compendio* quedó inconcluso. Aparte del *Compendio*, Bello produjo ensayos propiamente dichos, más breves y en ocasiones con un marcado tono personal, como sucede con “*La Araucana* por Don Alonso de Ercilla y Zúñiga” —editado por primera vez en *El Araucano* el 5 de febrero de 1841—. Sus reseñas de numerosos libros aparecidas en revistas y periódicos no pueden ignorarse como parte de su faceta de historiógrafo literario, puesto que despliegan análisis diacrónicos donde el conocimiento de distintos momentos del pasado se articulaba con el presente. Un buen ejemplo lo constituye su comentario crítico sobre las chauvinistas ideas en torno al *Gil Blas* manifestadas por Juan Antonio Llorente, para quien Lesage debió de haber plagiado una obra española que solo se limitó a traducir al francés con ciertas interpolaciones; la discusión lleva a Bello a elucubrar acerca de la cuestión literaria de crear *ex nihilo* —frecuente paradigma romántico, aunque

no lo exprese así el ensayista— y crear a partir de modelos previos con un “ingenio que vivifica el esqueleto, que introduce en el barro inanimado la llama de Prometeo” (*OC*, IX: 366), lo que lo fuerza a remontarse a la Antigüedad:

Siempre nos ha parecido injusta la crítica que niega el título de genio creador al que, tomando asuntos ajenos, sea que bajo su tipo primitivo tengan o no la grandeza y hermosura que solas dan el lauro de la inmortalidad a las producciones de arte, sabe revestirlos de formas nuevas, bellas, características, interesantes. ¿Cuánto no debió Racine a Eurípides? ¿Y será degradado por eso el autor de la *Ifigenia* y la *Fedra* al rango oscuro de los imitadores o copistas? En los seis primeros libros de la *Eneida*, la armazón, el esqueleto, lo puramente material, es ajeno [...] pero, extendida todo lo que se quiera esta rebaja, el poeta mantuano presenta siempre un carácter propio [...], una sensibilidad exquisita, una ejecución acabada que son suyas, enteramente suyas (366-367).

Más característicamente historiográficos son la multitud de trabajos clasificados por los editores posteriores de Bello con el marbete de “filología”, cuya génesis se localiza en los descubrimientos que hizo en sus días de representante en Londres de la Venezuela revolucionaria y, específicamente, primero en la biblioteca de su compatriota Francisco de Miranda y luego en el Museo Británico (Grases, 1986: xxx-xxxix). Se trata de una serie de escritos solo en parte publicados en vida, pero que le ganaron a su autor, desde su fase londinense, reputación de medievalista entre los exiliados españoles, la cual culminaría con el reconocimiento como pionero en el área, incluso en España. La situación la describe Pedro Grases con tino:

Cuando fallece Bello en 1865, su nombre está unido principalmente a la fama de gramático, internacionalista, legislador, poeta, crítico, educador. Pocos sabían de su obra de historiador de la literatura medieval. Sus publicaciones del período de Londres eran rarezas bibliográficas y sus monografías en periódicos y revistas de Chile llegaban escasamente a manos de los hombres de letras del continente americano y de España. A pesar de la admirable devoción que despertó en algunos espíritus selectos se sabía muy poco de sus investigaciones sobre épica medieval y los problemas de la literatura europea de las naciones modernas (1986: cxv).

Alrededor de la edición y estudio que hace Bello de la *Gesta del Mio Cid* surgen numerosos escritos como el dedicado a la *Crónica de Turpín* —en inglés, posiblemente con intención de enviarlo a una revista inglesa—, el “Origen de la epopeya romanesca”, “Romances del ciclo carlovingio” y “Romances derivados de las tradiciones británicas y armoricanas”, así como reseñas de gran densidad argumentativa acerca de *La literatura del Mediodía de Europa*

de Jean-Charles-Léonard Simonde de Sismondi y *La historia de la literatura española* de George Ticknor.<sup>3</sup>

A continuación, trataré de describir algunos de los elementos que caracterizan la historiografía literaria bellista. El primero es la firme creencia en que toda disquisición estética ha de erigirse sobre un reconocimiento de contextos sociales, políticos, religiosos. Las páginas iniciales de su *Compendio de la historia de la literatura* lo ilustran:

La más antigua civilización de que hay noticia rayó en el Oriente. Su forma fue en algunas razas teocrática. El sacerdote explicaba a los hombres la naturaleza y los destinos humanos, reglaba las ceremonias del culto, y prescribía a los reyes sus mismos deberes. Esta forma social es un hecho histórico en el Indostán, en el antiguo Egipto, en el pueblo de Israel, y en la raza pelasga [...]. En otras partes la vida patriarcal fue el régimen primitivo. El jefe de la familia era al mismo tiempo el soberano. Este fue el primer sistema social de los árabes y de los chinos (*OC*, IX: 5).

Ese respeto a las contextualizaciones lo lleva incluso, en algunos momentos, a discurrir sobre cultura material, como cuando se ocupa de las contribuciones alejandrinas a la literatura griega:

Las Musas y la libertad dejaron casi a un mismo tiempo el suelo de la Grecia. Atenas había sido el emporio de las letras y las artes; en la era que vamos a recorrer, le sucedió en la gloria literaria Alejandría, la nueva capital del Egipto, colocada en una situación ventajosa, que la hizo depositaria del comercio del mundo, y fomentó la industria de los habitantes. Uno de los ramos principales de esta industria era la fabricación de papel. Sabido es que el material que en ella se empleaba era la blanca y fina médula de los tallos del *papiro*, bella planta que crece a la orilla de los ríos y lagos, y que parece haber desaparecido de Egipto (*OC*, IX: 68-69).

Otro ingrediente importante de esta historiografía se relaciona con la imposibilidad de aplicar categorías absolutamente atemporales o universales en la evaluación de los productos humanos, siempre cambiantes y dependientes de las circunstancias. En algún momento la influencia de Herder se transparenta:

Terminaremos con una reflexión del sabio Herder, que nos parece debe tenerse presente en el estudio de toda la literatura antigua [...]. Casi inútil sería notar, si una falsa crítica, harto común en nuestros días, no lo hiciese necesario, que ni las imágenes poéticas, ni las sensaciones de un pueblo o de una época cualquiera,

<sup>3</sup> Todos estos textos se recogen en el volumen VII de las *Obras completas* de Bello.

pueden medirse por las sensaciones o por las imágenes de otro pueblo o de otra época, cuando se trata de juzgar, de aceptar o rechazar [...]. Pero como nada es más flexible ni más variable que el corazón humano, nada más sutil ni más complicado que el hilo de sus sensaciones y de sus afectos; como para la perfección de la naturaleza humana es preciso que ella se organice y se transforme en cada clima, en cada tiempo, y según los varios modos de vivir; como este soplo ligero, que se llama lengua, lleva en sus delicadas alas todo el fondo de las ideas y de las imágenes poéticas, y según los pueblos y las épocas, es un verdadero Proteo; me parece testaruda arrogancia pretender que una nación, aun de las más antiguas, pensase, hablase, sintiese y escribiese a medida de nuestro gusto. El género humano, atravesando los siglos y las revoluciones, sigue las mismas vicisitudes que la vida del individuo; y siendo así que el niño no habla, no siente, no ve de la misma manera que el adulto, ¿cómo pudiera exigirse a una nación que pertenece a la infancia del mundo, nuestra experiencia, nuestra ejercitada imaginación, el refinamiento y la desdeñosa delicadeza de nuestro corazón gastado [...]? (OC, IX: 31-32).

La extensa cita que hace Bello de Herder resulta imprescindible para nuestra discusión porque, nótese, coloca el lenguaje en el centro de una perspectiva gnoseológica interesada en restar validez a las esencias inmutables. El *proteísmo* del idioma se vuelve piedra de toque de la historicidad social. De allí a la inevitabilidad de unir cambio literario y cambio humano hay poco trecho, lo que adquiere diversas apariencias en la historiografía de nuestro autor. En unas ocasiones, la sincronía de lenguaje y costumbres le merece juicios tajantes, como en el caso ya citado de “Las Musas y la libertad dejaron casi a un mismo tiempo el suelo de la Grecia” (OC, IX: 68) o como cuando evalúa la producción griega de la era cristiana:

Trifiodoro compuso [...] una *Odisea*, absteniéndose de usar en cada canto una de las veinte y cuatro letras del alfabeto, o según dicen otros, desterrando de todo él la *s*: juego pueril, que da a conocer hasta qué punto había llegado la corrupción del gusto. De todas sus obras queda solo un breve poema sobre la *Destrucción de Troya*, en que apenas se encuentran algunas líneas que merezcan leerse (OC, IX: 96).

Con más frecuencia, la identificación de lo histórico y el lenguaje se capta en la insistencia con que Bello nos recuerda que el origen de la historiografía se confunde con las primeras manifestaciones de lo poético. Si por una parte no titubea en hablar de la historia como “ramo de literatura” (OC, IX: 74) e incorporar en su *Compendio* secciones dedicadas a él, en particular cuando aborda la producción griega y latina —lo que no lo desvía de creencias neo-

clásicas ni románticas—,<sup>4</sup> por otra recalca el hecho de que la poesía en sus primeros tiempos era una con la historia. A la hora de referirse a las epopeyas indostánicas, por ejemplo, sostiene que son “drama, himno, elegía, visión, sistema, historia” (*OC*, IX: 9) y el *Libro de los reyes* del persa Ferduci, también, “abrazo una duración de más de tres mil años, y es propiamente una larga historia en verso” cuyo principal asunto es “la guerra contra los tártaros, auxiliados por los soberanos de la India y la China” (IX: 13). Sus trabajos como medievalista acerca de la epopeya romanesca (VII: 499-514), el ciclo carolingio (VII: 689-718) o el ciclo artúrico (VII: 719-756) tienen en común el resaltar la conflictiva convivencia poética entre los datos históricos precisos y las alteraciones que la fantasía introduce en ellos:

Al principio el romance no fue otra cosa que una epopeya rigurosamente histórica. Su nacimiento pertenece a la edad en que, olvidado el estudio de las ciencias y artes, y hasta el conocimiento de las letras, salvo aquel último resto que pudo refugiarse en los claustros, apelaron los hombres a los medios de que se habían servido en la infancia de la sociedad para conservar la memoria de los sucesos pasados (VII: 501).

Hasta ahora me he abstenido de acudir al ensayo de Bello sobre *La Araucana* porque creo que merece un lugar aparte en su producción historiográfica. Si bien carece de la extensión y las aspiraciones enciclopédicas del *Compendio* u otras monografías o recensiones que he comentado, combina todos los caracteres de su método y los lleva más allá en una síntesis que postula una teoría de la recepción como insoslayable para quien esté interesado en el pasado literario. En cierta forma, Bello se adelanta a Hans Robert Jauss, para quien la historicidad de la literatura y su potencial comunicativo presuponen “una relación dialógica y gradual entre obra, público y nueva obra que puede percibirse en la interacción entre mensaje y receptor, equiparable a la que se establece entre pregunta y respuesta o entre problema y solución” (1994: 19). Además de no disociar lenguaje e historia, Bello da cabida ahora a la pragmática.

<sup>4</sup> Interesantes en este sentido son las ideas sostenidas en 1845 en su *Curso de Bellas Letras* por Vicente Fidel López, también en Santiago en ese entonces y miembro de la Universidad de Chile. López reconoce tres “fuerzas intelectuales” del alma humana, “Razón, Memoria i Fantasía”, y que a cada una de estas corresponde “un jénero particular de trabajos”, respectivamente, los “filosóficos”, los “históricos” y los “poéticos” (1845: 152). Para López la historia no se aparta de las cualidades “sublimes” propias de las “bellas letras” (10-13), lo que le da pie a concluir que se trata de un umbral entre campos del conocimiento: “la istoria es la representación científica i literaria de todos los echos qe cambian el modo de ser de las naciones” (213). Aunque rutinariamente López sea identificado con el Romanticismo y Bello con el Neoclasicismo, en este importante terreno puede apreciarse que sus opiniones no distaban tanto.

Ante todo, los primeros renglones del trabajo publicado en *El Araucano* son los que más elocuentemente plasman las ideas sobre la convivencia primigenia de poesía e historia:

Mientras no se conocieron las letras, o no era de uso general la escritura, el depósito de todos los conocimientos estaba confiado a la poesía. Historia, genealogías, leyes, tradiciones religiosas, avisos morales, todo se consignaba en cláusulas métricas, que, encadenando las palabras, fijaban las ideas, y las hacían más fáciles de retener y comunicar. La primera historia fue en verso. Se cantaron las hazañas heroicas, las expediciones de guerras, y todos los grandes acontecimientos, no para entretener la imaginación de los oyentes, desfigurando la verdad de los hechos con ingeniosas ficciones, como más adelante se hizo, sino con el mismo objeto que se propusieron después los historiadores y cronistas que escribieron en prosa. Tal fue la primera epopeya o poesía narrativa: una historia en verso, destinada a transmitir de una en otra generación los sucesos importantes para perpetuar su memoria (*OC*, IX: 351).

El recuento que hace del paso de la “epopeya-historia” a la “epopeya-histórica”, esta última la que “toma prestados sus materiales a los sucesos verdaderos y celebra personajes conocidos, pero entreteje lo real con lo ficticio” (IX: 352), le permite reseñar sucintamente la convivencia de las gestas medievales como las de Fernán González o Ruy Díaz con los *romans* o gestas sobre la materia de Bretaña o la de Francia, más tocados por la fantasía, con la posterior transformación de los últimos en libros de caballería a medida que “fue propagándose en las naciones modernas el cultivo de las letras” y la “epopeya métrica vino a ser [...] menos necesaria” (IX: 354). La variedad temática a la que se prestará la novela hace de ella, con el correr del tiempo, el sustituto de la epopeya. Y aquí, lo más importante a mi ver: “A cada época social, a cada modificación de la cultura, a cada nuevo desarrollo de la inteligencia, corresponde una forma peculiar de historias ficticias. La de nuestro tiempo es la novela” (IX: 355). En otras palabras, estamos nuevamente ante el principio derivado de Herder, la inexistencia de sustancias genéricas eternas. Pero el giro que dará Bello a la cuestión consiste en que esa mutabilidad e inestabilidad toca de cerca a los lectores, que participan con sus reacciones de un contrato estético y se convierten en factor movilizador de decisiones poéticas:

Lo cierto es que buscamos ahora en las obras de imaginación que se dan a luz en los idiomas europeos otro género de actores y de decoraciones, personajes a nuestro alcance, agencias calculadas, sucesos que no salgan de la esfera de lo natural y verosímil. El que introdujese hoy día la maquinaria de la *Jerusalén Libertada* en un poema épico se expondría ciertamente a descontentar a sus lectores (*OC*, IX: 355).

El horizonte de expectativas del público es igualmente tomado en cuenta por Bello cuando en las últimas páginas del ensayo su discusión se centra en la fuerte cuota testimonial de *La Araucana*, y en este pasaje mi metáfora previa de un “contrato” no ronda demasiado lejos del vocabulario del historiador tanto de la escritura como de su lectura; obsérvense las frases que subrayo:

Ercilla, escribiendo los hechos en que él mismo intervino, los hechos de sus compañeros de armas, hechos conocidos de tantos, *contrajo la obligación* de sujetarse algo servilmente a la verdad histórica. *Sus contemporáneos no le hubieran perdonado* que introdujese en ellos la vistosa fantasmagoría con que el Tasso adornó los tiempos de la primera cruzada, y Valbuena, la leyenda fabulosa de Bernardo del Carpio. Este atavío de maravillas, que no repugnaba al gusto del siglo XVI, requería, aun entonces, para emplearse oportunamente y hacer su efecto, un asunto en que el trascurso de los siglos hubiese derramado aquella oscuridad misteriosa que predispone a la imaginación a recibir con docilidad los prodigios [...]. Así es que el episodio postizo del mago Fitón es una de las cosas que se leen con menos placer en *La Araucana* (OC, IX: 359).

Las meditaciones acerca de los cambios de horizontes de expectativas continúan y la evaluación que se hace de los pocos defectos de *La Araucana* —antes la defendió de censuras de Voltaire (OC, IX: 358)— se cimienta en las reglas de juego de la sociedad literaria original de Ercilla y no en la aplicación extemporánea del gusto actual a una obra del pasado —lo cual podría decirse, sin duda, del juicio de Voltaire:

Nuestro siglo no reconoce ya la autoridad de aquellas leyes convencionales con que se ha querido obligar al ingenio a caminar perpetuamente por los ferrocarriles de la poesía griega y latina. Los vanos esfuerzos que se han hecho después de los días del Tasso para componer epopeyas interesantes, vaciadas en el molde de Homero y de las reglas aristotélicas, han dado a conocer que era ya tiempo de seguir otro rumbo. Ercilla tuvo la primera inspiración de esta especie; y si en algo se le puede culpar, es en no haber sido constantemente fiel a ella (OC, IX: 359-360).

Aunque Bello toma en cuenta ese tipo de arqueología crítica, igualmente se abre a la potencialidad del texto de producir nuevos significados acordes con la transformación de las sociedades que se aproximan a él. En el caso de *La Araucana*, la situación poscolonial chilena le hace advertir una nueva interpretación que se constela en las dimensiones de lo nacional —y este acaso sea el objetivo de todo el escrito:

Aunque Ercilla tuvo menos motivo para quejarse de sus compatriotas como poeta que como soldado, es innegable que los españoles no han hecho hasta ahora de

su obra todo el aprecio que merece; pero la posteridad empieza ya a ser justa con ella. No nos detendremos a enumerar las prendas y bellezas que, además de las dichas, la adornan; lo primero, porque Martínez de la Rosa ha desagraciado en esta parte al cantor de Caupolicán; y lo segundo, porque debemos suponer que *La Araucana*, la *Eneida* de Chile, compuesta en Chile, es familiar a los chilenos, único hasta ahora de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico (*OC*, IX: 360).

En otras palabras, una nueva *Araucana* ha nacido cuando Chile se reconfigura como Estado libre: lo escrito por Ercilla se resemantiza. Ello significa que no solo el lenguaje literario no es inmutable, sino que lo que Bello, como hemos visto, denominaba lo “verídico” está sujeto a la misma maleabilidad. La verdad conocida por Ercilla no era obviamente la verdad del chileno que lo lee siglos después; Bello como historiador y crítico, no obstante, ha tomado en cuenta una y otra, no ha ignorado ninguna de esas lecturas posibles y legítimas de *La Araucana*, con lo que intenta conseguir una “fusión de horizontes” como las contempladas por Jauss (1994: 30).

#### LA MODERNIDAD DE BELLO

Cuando los fuegos de la polémica sobre el Romanticismo se propagaban, Bello publicó en una serie de artículos de *El Araucano* entre noviembre de 1841 y abril de 1842 un “Juicio crítico de Don José Gómez de Hermosilla” cuyas reflexiones iniciales complementan lo que he expresado sobre la sincronía que en su opinión se produce entre el lenguaje —en particular la literatura— y los hechos sociales. Los ecos huguianos de estos renglones no deberían haberseles escapado a los lectores medianamente informados: “En literatura, los clásicos y románticos tienen cierta semejanza no lejana con lo que son en la política los legitimistas y los liberales” (*OC*, IX: 375).<sup>5</sup> La polaridad pronto se somete a escrutinio y los excesos salen mal parados: si para los primeros las doctrinas antiguas son inapelables “y el dar un paso fuera de aquellos trillados senderos es rebelarse contra los sanos principios”, los segundos, deseosos de “emancipar el ingenio de trabas inútiles” acaban confundiendo a veces la libertad “con la más desenfadada licencia”

<sup>5</sup> “Le romantisme, tant de fois mal défini, n’est, à tout prendre, et c’est là sa définition réelle, que le libéralisme en littérature. Cette vérité est déjà comprise à peu près de tous les bons esprits, et le nombre en est grand; et bientôt, car l’œuvre est déjà bien avancée, le libéralisme littéraire ne sera pas moins populaire que le libéralisme politique. La liberté dans l’art, la liberté dans la société, voilà le double but auquel doivent tendre d’un même pas tous les esprits conséquents et logiques” (Hugo, 1889: 1-2).



(IX: 375). La discusión no se limita a una alabanza del equilibrio, sino que llega a una caracterización de Gómez de Herosilla como defensor a todo trance “de las antiguallas autorizadas por el respeto supersticioso de nuestros mayores: los códigos poéticos de Atenas y Roma, y de la Francia de Luis XIV” (IX: 376). El escritor español era, en fin, “ultra-monarquista en política y ultra-clásico en literatura” (IX: 376).

Aunque en las batallas chilenas de viejos y jóvenes orquestadas por estos últimos Bello sirviera de blanco de ataques por estar investido de autoridad intelectual y política, dudo que su matizado, sutil y poco tradicional entendimiento de ciertos aspectos del lenguaje y de la historia literaria tuviera parangón entre quienes, para desafiarlo, con tosquedad lo confinaban a la casilla del conservador. Si los razonamientos anteriores sobre Gómez de Herosilla no son suficientes para colegir lo arduo que sería aprisionar a Bello en los binarismos simples, nótese la clara visión de la “modernidad” hispanoamericana que surge en su trabajo sobre Ercilla: esta cristaliza, ni más ni menos, gracias a la asimilación de lo antiguo. Una epopeya remota “inmortaliza” la modernidad política y cultural chilena, lo que insinúa que la rescata de la linealidad y la progresión temporal propias, ni más ni menos, de las visiones modernas.

El cariz de esa versión de lo nacional sin duda se ajusta a la imprescindible descripción de Bello que nos ofrece Miguel Ángel Campos: “Romántico o neoclásico, la identidad no le hace justicia [...]. Monárquico o republicano, conservador o liberal, en aquellas doctrinas no ve principios concluyentes, verá antes usos que deberán comprobarse en la utilidad pública” (s. p). Asimismo se atiende al Bello de Antonio Cussen, que se encontró atrapado, a raíz del proceso de la Independencia, en una crisis general a la cual reacciona por la vía de las antítesis: *Bello wanted to leave the old order but not to break with it* (1992: 176). E indiscutiblemente está en consonancia con una observación de Ossandón:

La modernidad de la “experiencia” bellista es bastante peculiar, dado que ella no se realiza introduciendo rupturas dramáticas o en la radicalización de los desapegos con el mundo tradicional, tal como suelen operar otros modernismos. Sin embargo, [...] la actitud moderna no es tan solo asimilable a la ruptura. En este caso, es el persistente juego entre ruptura y continuidad, la mantención de las tensiones que presentan estos dos polos y, sobre todo, el decidido e ingente esfuerzo por crear, paradójicamente quizá, nuevas tradiciones (en el lenguaje, en las regulaciones de la sociedad civil, en la educación universitaria) lo que define la novedad o modernidad de la “experiencia” bellista (2011: 59).

La creación de una nueva tradición reposaba, por supuesto, en obras como el *Código civil* o aparatos o instrumentos culturales específicos como la univer-

sidad, un sistema de enseñanza, el mantenimiento de la unidad de la lengua o ciertos periódicos. Pero un discurso histórico era vital para diseñar el trayecto del pasado al presente en el que estos dos extremos dialogaran —no otra cosa es una tradición— y eso hizo Bello, no solo como teórico de la historiografía, sino como practicante de una de sus variedades, la literaria. Su campaña por una historia edificada sobre textos, que tuviese en cuenta “el lenguaje mismo” con que se registraba, señala un entendimiento orgánico y simultáneo de todas las nuevas tradiciones apuntadas por Ossandón.

## BIBLIOGRAFÍA

- BELLO, Andrés (1981-1984), *Obras completas*. Caracas: La Casa de Bello.
- y GARCÍA DEL RÍO, Juan (1973), *El Repertorio Americano*. Facsímil. 2 volúmenes. Caracas: Presidencia de la República.
- BOCAZ, Luis (2000), *Andrés Bello: una biografía cultural*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- BOURDIEU, Pierre (1993), *The Field of Cultural Production. Essays on Art and Literature*. New York: Columbia UP.
- CAMPOS, Miguel Ángel (s.f.), “Andrés Bello: el mundo que lo produjo”, *Los Mapas Secretos: Literatura y Arte*. Disponible en: [gregoryzambrano.com/novedades/](http://gregoryzambrano.com/novedades/).
- CUSSEN, Antonio (1992), *Bello and Bolívar: Poetry and Politics in the Spanish American Revolution*. New York: Cambridge University Press.
- FELIÚ CRUZ, Guillermo (1965), *Andrés Bello y la historiografía en Chile*. Santiago: Biblioteca Nacional.
- GRASES, Pedro (1986), “Estudio preliminar”, en BELLO, Andrés, *Obras completas*. Vol. VII. Caracas: Casa de Bello, xiii-cl.
- GUTIÉRREZ, Juan María (1846), *América poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo. Parte lírica*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.
- HUGO, Victor (1889), *Hernani*. Paris: J. Henkel.
- JAKSIĆ, Iván (2010), *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- (2013), “‘Imparcialidad y verdad’: el surgimiento de la historiografía chilena”, *Estudios Públicos*, 132: 141-170.
- JAUSS, Hans Robert (1994), *Toward an Aesthetic of Reception*. Timothy Bathi (trad.), Paul de Man (intr.). Minneapolis: University of Minnesota.

- LASTARRIA, José Victorino (1847), *Bosquejo histórico de la constitución del Gobierno de Chile durante el primer período de la Revolución, desde 1810 hasta 1814*. Santiago de Chile: Imprenta Chilena.
- (1842), *Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile*. Santiago: Imprenta del Siglo.
- (2000), *Recuerdos literarios*. Santiago: Lom.
- LÓPEZ, Vicente Fidel (1845), *Curso de Bellas Letras*. Santiago: Imprenta del Siglo.
- MAN, Paul de (1983), *Blindness and Insight: Essays in the Rhetoric of Contemporary Criticism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- OSSANDÓN BULJEVIC, Carlos (2011), “Andrés Bello: experiencia histórica y transición cultural”, *Revista de Filosofía*, 67: 55-64.
- PICÓN SALAS, Mariano (1981), “Bello y la historia”, en BELLO, Andrés, *Obras completas*. Vol. XXIII. Caracas: La Casa de Bello, xi-lxii.
- PROMIS OJEDA, José (1995), *Testimonios y documentos de la literatura chilena*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- “Prospecto” (1842), *Semanario de Santiago*, 1 (14 de julio): 1-2.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir (1969), *El otro Andrés Bello*. Caracas: Monte Ávila.
- SACKS, Norman (1997), “Andrés Bello y José Victorino Lastarria: conflicto de generaciones y tensiones intelectuales”, *Cuadernos Americanos*, 62: 183-213.
- SILVA CASTRO, Raúl (2000), “Prólogo”, en LASTARRIA, José Victorino, *Recuerdos literarios*. Santiago: Lom, 11-16.
- USLAR PIETRI, Arturo (1981), “Los temas del pensamiento crítico de Bello”, en BELLO, Andrés, *Obras completas*. Vol. IX. Caracas: La Casa de Bello, ix-lii.
- VALLEJO, José Joaquín (1911), *Obras*. Alberto Edwards (comp.). Santiago de Chile: Biblioteca de Escritores de Chile.
- WHITE, Hayden (1973), *Metahistory: The Historical Imagination in 19th-century Europe*. Baltimore: Johns Hopkins.
- WILLIAMS, Raymond (1977), *Marxism and Literature*. Oxford: Oxford University Press.